

## Un intercambio provechoso

Asociación Nacional del Profesorado

1865 - MÉJICO - 1865

Buenos Aires, 31 de Diciembre de 1919.

Al Exmo. Señor

Ministro de Instrucción Pública  
de la República de Costa Rica  
San José de Costa Rica.

Excelencia:

LA Asociación Nacional del Profesorado que tengo el honor de presidir, habiendo instituido una Comisión bibliográfica para estimular el intercambio de comunicaciones útiles entre ella y los países que están en primera línea en la cultura universal, me ha encargado rogar a V. E. de hacerle llegar las leyes, decretos, planes de estudios, programas y otros antecedentes sobre los establecimientos de Instrucción Primaria, Secundaria, Normal, Especial y Superior de su digno país.

Le pedimos disculpa señor Ministro por ocupar su atención y le expresamos nuestro agradecimiento por la amabilidad que querrá tener con nosotros.

Dígnese aceptar la expresión de nuestros sentimientos adictos.

MANUEL DUQUI,  
Presidente.

LIDIA PERADOTTS,  
Secretaria.

## La Escuela Normal de París y su nuevo Director G. Lanson

LA Escuela Normal Superior fué hasta 1904 un Centro donde se instruía intensamente una parte selecta del futuro profesorado secundario; los alumnos ingresaban mediante una oposición, y permanecían allá durante tres años sometidos a un fuerte trabajo que orientaba un núcleo de profesores, elegidos cuidadosamente entre los más seguros valores de la nación. Había 18 plazas de Ciencias y 24 de Letras. Al cabo de esa permanencia trianual, el «normalien» se presentaba a las oposiciones a cátedras del Instituto, y generalmente triunfaba, merced a su sólido saber. En Francia, el opositor (que allí se considera como un estudiante universitario) sabe de antemano sobre qué va a versar la oposición, y asiste a las clases de la Universidad, donde el catedrático le explica y le hace trabajar sobre las materias del programa. Se tiende, pues, a convertir en una prueba fina, de calidad, lo que entre nosotros es asunto de necia sorpresa y de cultura descosida.

Ahora que nuestros ministros entablan pugilato sobre quién es más ferveoroso adorador de la autonomía universitaria—solución vacua y formalista que le dispensa de afrontar y conocer el mísero estado de muchas faculta-

des—, no está de más que pensemos un momento en los métodos que se siguen en otras partes para intentar que los profesores de Instituto y luego los de las Facultades sean gentes realmente útiles a la juventud.

La llamada «Ecole Normale Supérieure» cuenta con una tradición aunque no remota, llena de espíritu y de inteligencia; tiene su precedente en la Escuela Normal creada en el año III de la Primera República (1795) por la Convención Nacional. Su origen lejano fué la visión clara que el siglo XVIII tuvo de las cuestiones pedagógicas; véase como escribía en 1789 Bernardin de Saint-Pierre en los «Vœux d'un solitaire»: «Todas las artes poseen entre nosotros un aprendizaje, salvo la más difícil de todas: la de formar a los hombres.» El precedente inmediato, incluso del nombre, está en las «Normalschule» austriacas, creadas por la emperatriz María Teresa <sup>(1)</sup>.

Napoleón I introdujo cambios esenciales en esta institución, que ha venido prestando grandes servicios durante todo el siglo XIX. El Poder público le ha concedido siempre gran importancia; Víctor Cousin pasó de la dirección de la Escuela al ministerio de Instrucción pública en 1840. Pero en la época moderna, a fines del siglo pasado, es cuando la Escuela gozó de su mayor eficacia. Esos 40 jóvenes, en su retiro de la rue d'Ulm, dotados de excelentes medios de trabajo y guiados muy de cerca por un profesorado especial, eran todos los años un refuerzo que entonaba el Cuerpo universitario. La Universidad sentía en flanco la escuela de los normalistas.

Hacia 1880 dirigía la Escuela el eminente historiador Fustel de Coulanges; hacia esa época distinguimos entre el alumnado algunas de las más claras figuras de la Francia contemporánea: Bergson, Salomón Reinach, Jaurés y otros menos conocidos entre nosotros: Pfister, decano ahora de la Facultad de Letras de Estrasburgo; Lévy-Bruhl, excelente profesor de Filosofía en la Sorbona, etc., etc. Una cala en cualquiera de las promociones de los últimos cuarenta años descubrirá siempre media docena de nombres conocidos en las diversas ciencias <sup>(2)</sup>.

Pero aconteció algo muy comprensible en un país de sana vitalidad. Las Universidades francesas realizaron grandes adelantos; salvo raras excepciones, no hay una Universidad que no cuente con una amplia base de aportación científica. De la Universidad del segundo Imperio, elocuente, académica y bastante superficial, que-

da bien poco en el país vecino. Los alumnos formados en la Universidad de París valían tanto como los de la Escuela Normal; el profesorado había llegado a ser el mismo.

Y así, en 1904, se dispuso que los alumnos de la Escuela siguieran las clases de las facultades de Ciencias y Letras, respectivamente. De esta suerte, aquélla se ha convertido en una residencia de estudiantes, en la que se ingresa mediante las mismas severas pruebas; el normalista es, pues, un estudiante distinguido que va a la clase de alta investigación de la Facultad con una fuerte base de cultura general.

En estas condiciones ha sido designado para la dirección de la Escuela M. Gustave Lanson, al cesar en aquel cargo el historiador M. Ernest Lavisse. El director de la Escuela—rasgo bien francés—es siempre un hombre de letras, y el subdirector es un científico. El nombramiento de Lanson ha producido gran efecto en el mundo culto, y la prensa de París ha comentado el hecho ampliamente, por considerar que esto puede ejercer influencia en la marcha de la prestigiosa escuela.

Las esperanzas son justificadas. M. Gustave Lanson es una de las más típicas figuras del profesorado francés. Era uno de los normalistas de hacia 1880, a que antes aludía. Pasó muchos años de profesor de bachillerato en liceos provincianos. Un incidente curioso de su vida es haber sido profesor de literatura francesa del zarevitch Nicolás—el zar de tristes destinos—, quien, al parecer, no aprovechaba mucho de las lecciones de tan buen maestro. Vuelto a Francia, publicó varios libros fundamentales sobre la literatura de los siglos XVII y XVIII (Bossuet, Boileau, Corneille, La Chaussée); estos libros, conocidos de quien esté algo versado en la historia literaria de Francia, le abrieron las puertas de la Escuela Normal, donde reemplazó a Ferdinand Brunetière en la cátedra de Literatura; el éxito de su enseñanza le lleva luego a ser profesor de elocuencia francesa en la Universidad de París; en fin, hace unos días vuelve por tercera vez a la Escuela de la rue d'Ulm, para ocupar en ella el cargo supremo.

Como todo buen profesor, Lanson tiene una descendencia espiritual en un núcleo de discípulos de talento, que trabaja ya por su cuenta; uno de ellos, Baldensperger, ha logrado mucho éxito con sus clases en la Universidad de Nueva York (Columbia). Y es que Lanson, tanto en el trabajo íntimo de su seminario de la Sorbona como en sus libros, llega directa y seguramente a la inteligencia del estudiante. Entre sus obras, destaca la «Histoire de la littérature française»,

(1) Paul Dupuy, «L'Ecole normale de l'an III», 1895.

(2) Quien desee ver palpablemente hasta qué punto consagraron su vida a la «Ecole Normale» algunos de sus profesores, lea el reciente libro de Valéry-Radot, «La vie de Pasteur».